

Los primeros feminismos universitarios de Argentina. Entre la cultura científica y la aceleración de los tiempos emancipatorios

Natalia Bustelo¹
Pilar Parot Varela²

Resumen

A fines del siglo XIX egresaban de las universidades argentinas las primeras mujeres. Varias se convertían en impulsoras de los primeros feminismos argentinos. La experiencia en las aulas y el intenso asociacionismo rioplatense parecen haberlas decidido a difundir un cientificismo que, en vinculación con el socialismo o el librepensamiento, defendía una reformulación de las limitaciones sociales sufridas. Las páginas que siguen se detienen en el cruce entre las universidades y los feminismos, en su doble condición de ideas que portan una dimensión filosófica y de prácticas organizadoras de un específico asociacionismo. Su propósito es iluminar la vinculación y reformulación de los feminismos universitarios en torno de la Primera Guerra Mundial, la Revolución rusa y la Reforma universitaria.

Palabras clave: Feminismos; Cientificismo; Universidades argentinas

Abstract

At the end of the 19th century, the first women graduated from Argentine universities. Several became promoters of the first Argentine feminisms. The experience in the classrooms and the intense associationism of the River Plate seem to have decided them to spread a scientism that, in connection with socialism or free thought, defended a reformulation of the limitations imposed on women. The pages that follow stop at the crossroads between universities and feminisms, in their double condition of ideas that carry a philosophical dimension and of organizing practices of a specific associationism. Its purpose is to illuminate the linking and reformulation of university feminisms around the First World War, the Russian Revolution and the University Reform.

Keywords: Feminisms; Scientism; Argentine universities

¹ Centro de Investigación y Documentación de a Cultura de Izquierdas (CeDIInCI)/ Universidad de San Martín / Conicet; Facultad de Filosofía y Letras (FFyL), Universidad de Buenos Aires (UBA).

² FFyL, UBA. Agradecemos la lectura atenta y crítica de Laura Fernández Cordero y de las dos evaluaciones anónimas.

A fines del siglo XIX las elites regionales del actual territorio argentino lograban poner fin a las prolongadas guerras civiles y articular un Estado-nación. Con ello las universidades asumían la tarea de asegurarle a ese Estado el monopolio de las profesiones liberales, esto es, la medicina, la abogacía y la ingeniería. Desde 1905 la Argentina contó con tres universidades nacionales: a la Universidad Nacional de Córdoba (UNC), fundada en tiempos de la colonia, y la de Buenos Aires (UBA), nacionalizada a fines del siglo XIX, se sumaba la de La Plata, con un perfil predominantemente profesional pero con un tenue perfil científico y técnico. Las pequeñas universidades provinciales de Tucumán y Santa Fe, por su parte, se concentraban en la formación de técnicos en educación, salud y sobre todo economía regional.

Al igual que en otras instancias, también en las universidades se registraron divisiones de etnia-raza, de sexo-género y de clase así como resistencias a esas divisiones. A comienzos del siglo XX, la resistencia a la división de clase se plasmaba no solo en la articulación de sindicatos, centrales obreras y un Partido Socialista vinculado a la II Internacional, sino también en la organización de la primera huelga general. En ese incipiente movimiento obrero, de carácter urbano, rivalizaban ideas y prácticas anarquistas, socialistas y sindicalistas. Y para varias de las fracciones no cabía duda de que la emancipación buscada involucraba no solo a los obreros sino también a las mujeres. Si bien deberían pasar muchas décadas para que el movimiento feminista alcanzara visibilidad y masividad, para 1910 su organización era tal que la élite política no podía eludir la existencia tanto de una *questión obrera* como de una *questión femenina*. Esto es, se registraba un movimiento que —a pesar de que no había estabilizado sus demandas ni su denominación— tendía a ampliar la figura de la madre con la que se igualaba a la mujer para reclamar la protección de las obreras y las mujeres desamparadas, una serie de derechos civiles y una reconfiguración de los lugares sociales que impugnaba la primacía masculina (Barrancos, 2005; Lavrin, 2005; Nari, 2004).

Entre los derechos reclamados se encontró la formación y el ejercicio profesional, y ello no sorprende cuando se advierte que varias de las primeras feministas fueron también las primeras mujeres que transitaron las aulas universitarias. El paso por las aulas y sobre todo el intenso asociacionismo rioplatense parecen haberlas decidido a construir, desde la extendida cultura científica local y la vinculación con el socialismo y el librepensamiento, un movimiento y un cuerpo de ideas que legitimaban la reformulación de las relaciones sexogenéricas del nuevo Estado-nación.

Contamos con varios análisis sobre los inicios del feminismo en la Argentina. Además, han sido estudiadas la extendida cultura científica local, las universidades y el movimiento estudiantil que surgió en ellas a fines de la década del diez. Pero apenas han merecido atención los cruces entre esos vectores socioculturales y ello, entre otras cosas, llevó a que las diversas ideas y prácticas que se registraron en el incipiente feminismo local tendieran a desligarse de los vínculos que guardaron con la Gran Guerra, la Revolución rusa y la Reforma universitaria.

Las páginas que siguen vuelven entonces sobre los primeros feminismos para revisar esos vínculos. La incorporación de algunas fuentes provenientes de la joven Alicia Moreau, la joven Herminia Brumana, *Humanidad Nueva* (1910-1919) y otras revistas de comienzos del siglo XX nos permitirá iluminar, por un lado, la insistencia de los feminismos universitarios, en tanto corpus de ideas, de continuar construyéndose desde una cultura científica, incluso cuando esta había perdido mucho de su prestigio ante la reacción antipositivista. Por otro, esas fuentes nos ofrecerán indicios de los cruces y las renovaciones que la Gran Guerra, la Reforma universitaria y la Revolución rusa impulsaron entre el feminismo, en tanto movimiento, y algunas fracciones del movimiento estudiantil.

Universitarias y feministas

A inicios del siglo XX, las universidades dejaban de ser espacios exclusivos de socialización de las elites político-culturales. Por un lado, ingresaban los hijos de las familias inmigrantes que lograban cierta estabilidad económica asociada a los sectores medios; por otro, se registraban —según mostró Luciana Carreño (2018) a partir de su detenido análisis del Archivo Histórico de la UBA— los «estudiantes pobres» que cada año peticionaban a la universidad la exención del pago de aranceles.

Si bien medicina se asoció al ascenso social, las carreras cortas de farmacia, odontología y obstetricia fueron las que concentraron el mayor número de estudiantes con escasos recursos financieros. Pero también fue en esas carreras donde se registraron las primeras universitarias. Es que farmacia, odontología y obstetricia estaban asociadas al cuidado, y este a una tarea por naturaleza femenina, al tiempo que su duración de solo tres años implicaba una menor interferencia en el breve tiempo social previo al matrimonio. Para 1918 en la UNC habían egresado 75 parteras, 5 farmacéuticas y 2 médicas (Cortés y Freytes, 2016). En Buenos Aires, en 1925 la Facultad de Medicina tenía 364 alumnas, la de Derecho 10 y la de Exactas 41 (Carreño, 2018, p. 11) mientras que la Facultad de Filosofía y Letras (FFyL) marcaba una excepción, pues entonces casi la mitad de su pequeña matrícula estudiantil era femenina (Denot, 2007).³ La presencia de mujeres en las universidades implicaba un cuestionamiento a lo que hoy llamaríamos la división sexo-genérica desde la que se venía construyendo el Estado-nación. Pero las barreras al ejercicio profesional luego del matrimonio y la maternidad se mantuvieron al punto que durante décadas los jurados universitarios tendieron a declarar desiertos los concursos de cátedra en los que sus aspirantes eran exclusivamente mujeres (Lorenzo, 2016, pp. 57-77).

Filosofía y Letras no solo fue la primera facultad en tener más de la mitad de su matrícula compuesta por mujeres, sino que además fue el espacio donde por primera vez se reconoció la condición filosófica del feminismo. Fundada en 1896 como una reacción de la elite político-cultural ante lo que se entendía como un indeseable utilitarismo consecuente de la deseada modernidad, Filosofía y Letras no otorgaba una matrícula para ejercer una profesión fuera del hogar —como lo hacían Medicina, Ingeniería y Derecho—, sino que ofrecía un doctorado que certificaba una «formación integral» y «desinteresada» en historia, letras y filosofía (Buchbinder, 1997).⁴ En sus inicios, esa pequeña Facultad dictó sus cursos en horario vespertino para con ello fomentar la asistencia de los jóvenes que por las mañanas cursaban una profesión liberal. Por otra parte, mientras que el resto de las facultades requerían el título de bachiller otorgado por los colegios nacionales —de educación mixta pero con escasas mujeres—, Filosofía y Letras fue la primera que aceptó el título de las escuelas normales —a las que asistían las pocas mujeres que realizaban estudios secundarios para convertirse en maestras—. Pronto las aulas de la esa facultad se poblaron de mujeres que no cursaban simultáneamente otra carrera. Si bien se oyeron voces críticas de esa presencia, las doctoras en historia, filosofía o letras apenas conmovía la división sexogenérica, pues adquirirían una alta cultura que podía redundar en un mejor ordenamiento del ámbito doméstico, sobre todo en lo relativo a la formación de los futuros ciudadanos.

3 En la UBA la primera doctora en Medicina fue Cecilia Grierson, quien en 1889 defendió la tesis sobre *Histero-ovariotomías ejecutadas en el Hospital de Mujeres, desde 1883 a 1889*. En Derecho Celia Tapias aprobó en 1911 una tesis doctoral titulada *Tutela dativa. Garantías al pupilo en el derecho romano y en la legislación argentina*. En la Facultad de Ciencias Económicas, fundada en 1913, Elisa B. Bachofen se doctoró en 1918 con una tesis sobre *Fábrica de helados y tejidos de algodón*. Extraemos los datos del fundamental catálogo y análisis preparados por Miguel Candiotti (1920).

4 En 1904 la FFyL matizó ese perfil con la fundación de un Instituto de Enseñanza Superior que otorgaba la habilitación para impartir educación secundaria. Pero pocos después el Instituto se independizó —hoy perdura como el Instituto Superior del Profesorado «Dr. Joaquín V. González»— y, a pesar de algunos reclamos estudiantiles, en las décadas siguientes las gestiones de la Facultad insistieron en una imagen doctoral distante de las actividades lucrativas, y también de los problemas sociales.

En La Plata, el equivalente de la FFyL fue la Sección de Historia, Filosofía y Letras de la Facultad de Ciencias Jurídicas y Sociales, sección que contó con numerosas mujeres y que en 1914 adquirió la condición de Facultad de Ciencias de la Educación —reemplazada en 1920 por la actual denominación Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación—. Pero, al igual que en la Escuela Pedagógica de la Universidad de Tucumán, en La Plata terminó primando un perfil «interesado» y en lugar de otorgar un título de doctor se formaron profesoras secundarias y se saludó la consolidación de una matrícula estudiantil prácticamente femenina con una planta de profesores, de modo casi exclusivo, masculina (Arias, 2017, pp. 54-63; Vignoli, 2019, p. 4). En Córdoba, en cambio, debieron pasar varias décadas para que la universidad se ocupara de los saberes desinteresados y de la formación docente, y con ello se demoró mucho más la existencia de una Facultad con una alta presencia femenina.

Entre los profesores y figuras de la elite intelectual que cuestionaron la formación de las mujeres en las profesiones liberales y en el doctorado primaron, por un lado, los argumentos fisiológicos relativos a la inteligencia femenina para estudiar y ejercer profesiones y, por el otro, los argumentos morales que advertían sobre el desorden social que produciría el ejercicio profesional de quienes estaban destinadas a la maternidad y el hogar. Pero si en Argentina los trabajadores construyeron un activo movimiento obrero que recuperaba ideas y prácticas socialistas, sindicalistas y sobre todo anarquistas para cuestionar la división en clases sociales —y en menor medida las de raza y de género—, también las mujeres se organizaron tempranamente para responder de modo colectivo a las disposiciones que las relegaban al orden doméstico y a los argumentos científicos y morales que justificaban esa relegación.

La primera argumentación detenida y extensa fue propuesta en 1901 por Elvira López en *El movimiento feminista*, tesis con la que se doctoró en filosofía. En la construcción académica de la filosofía en Argentina fue central la discusión sobre el cientificismo y el antipositivismo (Dotti, 1992; Terán, 2008). Pero en los inicios también el feminismo ocupó la atención filosófica, y no solo por la tesis de López sino antes por los cursos de Ernesto Quesada (Denot, 2009).

En 1901 la Facultad de Filosofía y Letras realizaba las primeras nueve defensas de tesis. Cuatro pertenecían a mujeres y entre ellas se encontraba la tesis de López.⁵ En más de 250 páginas y 16 capítulos, la joven desplegaba una revisión sistemática y ambiciosa, que excedía claramente las pocas clases sobre la «cuestión femenina» que podía haber escuchado de Quesada. El texto abordó tanto la historia del feminismo desde los *pueblos salvajes* hasta la actualidad como las reivindicaciones económicas, educativas, civiles y políticas. En el anteúltimo capítulo se ocupaba de Argentina para proponer una *vanguardia prudente* que, autorizándose en *La sujeción de la mujer* (1869) de John Stuart Mill y el positivismo de Spencer, defendía la independencia moral y económica de la mujer, pero concedía el destino maternal y la temporaria incapacidad para ejercer derechos políticos (López, 1901; Gago, 2018).

La siguiente tesis doctoral centrada en el feminismo se presentó casi dos décadas después. En 1920 (esto es, luego de que la prolongada guerra europea y la legislación soviética revitalizaran la discusión sobre la emancipación femenina), María Isabel Salthu se doctoraba en la sección de historia de la Facultad de

5 En 1901 también la hermana de Elvira, Ernestina López, aprobó su tesis doctoral, en este caso titulada *¿Existe una literatura propiamente americana?*. Las otras tesis aprobadas ese año fueron: *Importancia y valor del juicio público sobre las obras artísticas* de María Atilia Canetti, *El helenismo en la literatura latina* de Juan Francisco Ibarra, *Razas humanas y su distribución* de Eugenio Ivancovich, *La revolución de Mayo: sus causas, su carácter y sus consecuencias* de Juan C. Jara, *La geografía de la edad media en sus relaciones con el descubrimiento de América* de Eugenio Marín, *Aristóteles* de Ana Mauthe y *El problema de la moral* de Porfirio E. Rodríguez. Para 1919 en la FFyL solo se había presentado 37 tesis doctorales y nueve de profesorado mientras que en Derecho únicamente en 1919 fueron aprobadas 96, todas de varones. En Medicina en 1919 se aprobaron 199 tesis, unas cincuenta más que el año anterior —de las que el catálogo consultado no especifica el género de los/as doctores—. En la Facultad de Ciencias Económicas, fundada en 1913, en 1919 se aprobaron 64 tesis, todas escritas por varones (Candiotti, 1920).

Filosofía y Letras con *El problema feminista en la República Argentina*. La joven insistía a lo largo de solo sesenta páginas en la esencialización de la mujer como madre —compartida por varios feminismos— pero también del hogar como su único espacio y de la familia como el núcleo social. Allí se distanciaba del movimiento feminista internacional y de las reivindicaciones de López —quien entonces sí reclamaba derechos políticos para las mujeres—, pero desde un nacionalismo tácitamente ligado a la Liga Patriótica evitaba una posición reaccionaria.

Por un lado, Salthu restringía el trabajo femenino a la situación de desprotección y proponía una legislación protectora para esas mujeres trabajadoras, al tiempo que su certeza sobre la incapacidad de las mujeres para el ejercicio profesional la decidía a ni siquiera exponer la cuestión. Por otro, sostenía que se debían incorporar mujeres legisladoras, pero encontraba en ello la oportunidad de reforzar una esencia maternal jerarquizante, ya que se trataba de la condición de «madres de la sociedad» ejercida por unas pocas mujeres.⁶ A pesar de la escasa repercusión que tenían en la Facultad de Filosofía y Letras de la década del veinte las ideas y demandas que en 1901 llevaron a López a convertirse en una de las primeras doctoras argentinas en filosofía, esas ideas y demandas fueron retomadas por distintas asociaciones rioplatenses.

Ideas y prácticas para la emancipación femenina

En 1896 una decena de mujeres anarquistas editó nueve números de *La Voz de la Mujer. Periódico Comunista-Anárquico*. En su tesis de 1901, López lo recordaba y saludaba a pesar de las distancias con la vanguardia prudente que proponía. Es que ese periódico moldeó un «contrafeminismo del feminismo» que, por un lado, incorporó la opresión sufrida en el hogar y el trabajo por las mujeres a la lucha por la emancipación de la humanidad pero, por otro, rechazó la identificación con el feminismo porque lo circunscribió a un movimiento por derechos civiles concedidos por un Estado denunciado como ilegítimo (Barrancos, 1990; Fernández Cordero, 2017).

La Voz de la Mujer no logró perpetuarse más allá de enero de 1897. Su feminismo distante de las primeras universitarias fue retomado desde Necochea por Juana Rouco Buela y *Nuestra Tribuna. Quincenario femenino de ideas, arte, crítica y literatura* (1922-1925), al tiempo que se incorporó a distintas fracciones del anarquismo argentino —y durante la primera mitad del siglo XX contó con expresiones que, sin conmovir la homofobia, sí disociaron la maternidad de la sexualidad—. A su vez, ese contrafeminismo encontró una tenaz difusora en la maestra y escritora Herminia Brumana, quien —desde un anarquismo individualista y voluntarista hoy cuestionado por el psicoanálisis— publicó numerosos cuentos de difusión masiva e impulsó varias polémicas contra las «mujeres cobardes» que aceptaban el lugar desigual que les proponía un orden social ilegítimo (Becerra, 2016). Como veremos, aunque Brumana no pasó por las aulas universitarias, estuvo entre las pocas mujeres que llevaron a las revistas de la Reforma la discusión sobre la emancipación femenina.

En cuanto a la vanguardia prudente sistematizada por López, el mismo año en que defendía su tesis participaba junto a la primera médica argentina, Cecilia Grierson, y una treintena de mujeres de la fundación en Buenos Aires de la filial argentina del *Internacional Council of Women*. Pero el feminismo de Grierson, López y otras universitarias se iría distanciando del de las «matronas» de la elite, que hacia 1908 hegemonizaron la institución. Bajo el liderazgo de Alvina van Praet de Sala, las matronas insistieron en el cuidado del hogar y su extensión en la beneficencia estatal o católica. A mediados de 1910, durante los festejos del Centenario de la Revolución de Mayo con los que la elite oligárquica mostraba al mundo la exitosa

6 Antes de la tesis doctoral de Salthu se aprobaron dos de profesorado centradas en la cuestión femenina. Estas fueron menos extensas que aquella, pero al igual que la de Salthu se inscribieron en la sección de historia y se alejaron de la igualdad reclamada por el feminismo: en 1908 José H. Rosende se ocupó de la *Educación de la mujer* y en 1919 María Luisa Rezzoagli de *La hermandad de la caridad 1727-1822*. Sin duda, otras tesis abordaron tangencialmente lo que hoy llamamos la dimensión sexogenérica.

construcción nacional, la distancia entre las dos amplias fracciones feministas se plasmaba en la realización paralela del *Congreso Patriótico de Señoras en América del Sud* y el I Congreso Femenino Internacional de la República Argentina. Y subrayamos que este era organizado por Universitarias Argentinas, asociación desde la que una docena de mujeres que había pasado por las aulas de la UBA y se legitimaba en su condición de universitarias y de argentinas, invitaba a un centenar de referentes feministas de los más diversos países a discutir la necesaria emancipación femenina (Vignoli, 2018).

Como señalaba López en el último capítulo de su tesis, las feministas podían retomar las ideas que ofrecían los congresos feministas internacionales. A los que se sumaron las noticias y las actas de la Internacional Socialista de las Mujeres, fundada en 1907 en Stuttgart bajo el liderazgo de la alemana Clara Zetkin, y del II Congreso Internacional de Mujeres Socialistas, realizado en 1910 en Copenhague. Los argumentos fisiológicos y morales que legitimaban los reclamos igualitarios también circularon, por un lado, en artículos y folletos provenientes de Zetkin, de las rusas Anna Kuliscioff, fundadora del Partido Socialista de Italia, y de Alexandra Kollontai, comisaria del pueblo para la asistencia pública al inicio de la Revolución Rusa, y, por otro, en los largos ensayos *La mujer el pasado, presente y porvenir* (1879, cuya primera traducción al español fue en 1906) del alemán August Bebel y el *Origen de la familia, de la propiedad privada y del Estado* (1884, traducido en 1910) de Friedrich Engels.

Hasta 1910 convivieron en el Consejo las asociaciones feministas de beneficencia con unas pocas que —identificadas con el socialismo o el librepensamiento— le reclamaron al Estado leyes que aseguraran la igualdad social de las mujeres y protegieran a las trabajadoras, al tiempo que impulsaron una educación que se alejara del catolicismo para organizarse en torno de teorías científicas que refutaban la infantilización femenina. Entre las iniciativas librepensadoras se encontró *Nosotras*, revista fundada en La Plata en 1902 por la maestra, de origen uruguayo, María Abella de Ramírez. En discusión con el socialismo y especialmente con su defensora Justa Burgos, Abella de Ramírez y su revista se alejaron del proteccionismo a la mujer obrera y otras reivindicaciones de clase para reclamar igualdad entre hombres y mujeres en el plano laboral, jurídico, profesional y familiar sentando las bases del «feminismo liberal» (Lavrin, 2005, pp. 35-47; Zandrino, 2001).

En septiembre de 1906 se organizaba en Buenos Aires el Congreso Internacional de Librepensamiento y la emancipación femenina era uno de los puntos del programa defendido por socialistas, liberales y librepensadores. Además de Abella de Ramírez, allí se encontró la joven Alicia Moreau (que se doctoraría en 1914 con la tesis *La función endócrina de ovario*), quien presentó una ponencia sobre otro tema central del Congreso y del feminismo, «La escuela y la Revolución» y, como veremos, en los años siguientes se encargaría de renovar al feminismo desde el balance de la Gran Guerra, la vinculación con la Reforma universitaria y las novedades de la Revolución rusa.

En 1906 Moreau destacaba los sucesos revolucionarios de la reforma religiosa, la Revolución francesa y la Comuna de París en tanto habían colaborado en el reemplazo de la escuela fundada en dogmas por una escuela laica, centrada en la razón. Explicitando el optimismo militante que acompañaría a su prolongado itinerario político-intelectual, Moreau concluía subrayando que si la humanidad había derrumbado a la poderosa Iglesia, también podría liberarse del egoísmo, la ignorancia y las desigualdades, entre las que tácitamente incluía las femeninas. Para comenzar a ensayar la educación científica y solidaria, llamaba a fundar, en vinculación con la anarquista española Belén Sárraga, el Centro Feminista. Refiere Moreau:

La moción fue aprobada unánimemente y alrededor del naciente centro se reunieron las más prestigiosas figuras argentinas que el movimiento librepensador había agrupado. Fue presidenta de ese centro la doctora [Elvira] Rawson de Dellepiane [la segunda médica recibida en Argentina]. A pesar de los entusiasmos iniciales el Centro Feminista

vivió poco, tal vez fuera prematura su creación. Separados de él muchos de sus miembros, se transformó en el Centro Juana Manuela Gorriti (Moreau, 1919, p. 71).

En 1908 se creaba el Comité pro-Sufragio Femenino y la asociación Universitarias Argentinas. En 1911 era alentada la Liga pro Derecho de la Mujer y el Niño, organizadora en 1913 del Primer Congreso Nacional del Niño. Moreau participaba de esas iniciativas integradas exclusivamente por mujeres, pero además, desde fines de 1908, inscribía su preocupación educativa en el socialismo. Entonces Enrique del Valle Iberlucea fundaba una publicación encargada de difundir los debates teóricos socialistas producidos en Europa, la *Revista Socialista Internacional* (1908-1909). El primero de sus doce números incluyó la ponencia de Moreau de 1906 y muchos de los números siguientes contaron con colaboraciones de la joven sobre educación.

En enero de 1910 del Valle amplió la temática de la revista y para ello la reemplazó por *Humanidad Nueva. Sociología, Arte, Educación* (1910-1919), en la que junto al gremialismo y el socialismo comenzaban a tener secciones propias el debate educativo que impulsaba Moreau y otras cuestiones de la agenda feminista. En octubre de 1910, del Valle, Moreau, su padre y una decena de socialistas fundaron el Ateneo Popular y convirtieron a *Humanidad Nueva* en su órgano. En afinidad con la Sociedad Luz y otras experiencias de extensión educativa, según su órgano el Ateneo surgía para «elevar intelectualmente a la clase obrera» (*Humanidad Nueva*, 1910, p. 558) mediante cursos, conferencias, excursiones y visitas guiadas que divulgaban un cientificismo evolucionista y eticista, referenciado principalmente en Jean Jaurès, León Bourgeois, Antonio Labriola y Adolfo Posadas.

La lucha por la laicización de la educación fue un denominador común del librepensamiento, el anarquismo, el socialismo y la Unión Cívica Radical (UCR). Y la inscripción socialista no le impidió al Ateneo vincularse a la Liga de Educación Racionalista y su revista *La Escuela Popular* (1912-1914), lideradas ambas por el pedagogo anarquista y feminista Julio Barcos. Además el Ateneo se relacionó con la Universidad Nacional de La Plata, en la que del Valle era secretario del rectorado y organizador de los primeros ciclos de extensión que se dictaron en una universidad argentina.

Esta vinculación permitió que la divulgación científica del Ateneo contara no solo con intelectuales socialistas, sino también con profesores universitarios distantes del socialismo, como Rodolfo Rivarola, Víctor Mercante y Rodolfo Senet. Por otra parte, la fuerte confianza en la evolución científica que acompañaba a las iniciativas del Ateneo le ofreció a Moreau la posibilidad de discutir la escuela no solo racional sino también feminista, una escuela esbozada en la ponencia de 1906 e intentada en el breve Centro Feminista. La historia del feminismo ha resaltado la vinculación del Ateneo con el feminismo (Becerra, 2009). Pero aún no contamos con detenidos análisis sobre la cultura científica del Ateneo y las discusiones sobre la emancipación de las mujeres que desde esa cultura alentó *Humanidad Nueva*, sobre todo luego de que del Valle le cediera la dirección a Moreau. Es que, además de la nueva directora, Justa Burgos Meyer, Raquel Camaña, Carolina Muzzilli y Fenia Chertkoff denunciaron las injusticias sufridas por las mujeres y los niños, al tiempo que sus reflexiones sobre educación y políticas públicas ligadas a la higiene terminaron por construir un feminismo eticista que participó de la matriz científicista y que se renovó y reformuló a partir de las noticias de la guerra europea y los acontecimientos vinculados a la emancipación de la humanidad.

En definitiva, frente al patriotismo viril desde el que se construía el Estado argentino, la vanguardia prudente que había esbozado López en 1901 se valía de la ciencia para moldear un maternalismo que incorporaba la igualdad de derechos civiles y políticos, la protección jurídica y social de la mujer obrera y la madre, y la educación femenina para una función maternal que no era concebida como instintiva sino como aprendida. Pero también se incluía la educación y el ejercicio profesional, sobre todo en cuestiones femeninas y de niñez (Nari, 2004, pp. 227-253). En el apartado siguiente veremos que esas cuestiones se articularon en *Humanidad Nueva* como una corriente de pensamiento cuya ausencia en la historia argentina de la filosofía

solo se explica por la injustificada decisión de no concebir a los feminismos como una corriente intelectual (Parot Varela, 2020).

La guerra europea y los feminismos

La cuestión femenina y la educación científicista, que los centros y sus revistas difundían tanto en la trama de las izquierdas como en los barrios obreros donde desarrollaban iniciativas ligadas a la divulgación, no sufrieron modificaciones notorias cuando a fines de 1916 la Argentina realizaba una ordenada transición de la República oligárquica a una democrático-liberal, liderada por Hipólito Yrigoyen. Era, en cambio, la prolongación de la Primera Guerra Mundial la que mostraba a católicos y progresistas que en las sociedades «civilizadas» las mujeres podían asumir los puestos de responsabilidad que venían ocupando los varones antes de ser enviados a las trincheras. En Buenos Aires la discusión se desplegó, entre otros lugares, en *Juventud. Órgano de la Asociación Juventud Israelita* (1912-1920).⁷ En el número de julio de 1916, Manuel Bronstein publicaba «La mujer doméstica», una breve nota que llamaba la atención sobre la hipocresía que mostraba la coincidencia de católicos y progresistas en confinar a la mujer, desde argumentos opuestos, a la casa. A distancia de Bronstein, José Zimmerman, bajo el título «La educación femenina», sistematizaba los argumentos científicistas contra la formación profesional de las mujeres. La nota se abría con una cita de Víctor Hugo que afirmaba que las mujeres y los hombres tenían funciones distintas en el «orden vital»: las primeras no serían tan aptas para las tareas intelectuales porque su función era la maternidad, de ahí que la educación recibida tendría que orientarse exclusivamente a ello. Zimmerman se valía de la siguiente imagen para su argumentación:

El profesionalismo no debe ser un ideal para las mujeres, porque implica renunciar a una función que le es enteramente propia. ¿Concebís a una «ingeniera» o «abogada» dando de mamar a su cría, mientras su imaginación vuela, ya sea entre las abstracciones matemáticas, o al través del Código Penal? (Zimmerman, 1915, pp. 65-66).

Sin negar la función maternal y su necesario aprendizaje, *Humanidad Nueva* se animaba a concebir ingenieras y abogadas. Para ello el número de enero de 1916 apelaba a una práctica intelectual frecuente, una encuesta que se abría con las siguientes preguntas:

La guerra actual ha de traer profundas modificaciones en las relaciones sociales, políticas, económicas y morales de los pueblos y de los individuos; muchas de ellas previstas, muchas difíciles de sospechar - ¿Cuáles serán las que aporten a la situación de la mujer? - ¿Cambiarán sus posiciones sociales y políticas después de la guerra, cuando durante ella ha sido tan activa y tan amplia su cooperación? - ¿perderá las situaciones que ha conquistado en el trabajo y en la administración pública? - ¿La reducción numérica de los hombres dará mayor valor a su acción? - ¿podrán estas supuestas modificaciones interesarnos más o menos directamente? (1916, p. 1, los guiones son del original).

Las encuestadas eran Fenia Cherkoft, Rosa Berenstein de Mouchet y Juana Benigno. Las tres coincidían en el gran desempeño de las mujeres durante la Guerra como una prueba de la necesidad de mejorar

7 La asociación se fundó en julio de 1911 y su revista es la primera de la inmigración judía escrita en español. La Asociación reunió tanto a estudiantes como a trabajadores jóvenes. Según un relato anónimo de 1916 se funda porque «los jóvenes que militaban en el Centro nombrado sentían el peso de un deber que su condición de elemento intelectual de la colectividad le imponía. Era en los momentos en que, debido a un 'chauvinismo' furioso de que se hallaba atacada determinada clase del pueblo argentino, habíase iniciado una campaña solapada de difamación contra los israelitas del país. No había entre nosotros ningún órgano autorizado para levantar una voz en desagravio» (*Juventud*, 1916). A mediados de 1913 se separaron de la Asociación Gregorio Bermann, Alberto Palcos y una decena de estudiantes, en su mayoría de medicina, para apostar, desde el Centro Ariel y la revista homónima, a la asimilación de los judíos y del programa del Partido Socialista. Si bien en esas nuevas instancias se reprodujo la división sexo-genérica, en los años siguientes Bermann y Palcos liderarían una de las fracciones de la Reforma y serían defensores de una reformulación sexogenérica más igualitaria.

la condición social femenina. El siguiente número de *Humanidad Nueva* continuaba la exposición de argumentos emancipatorios con un artículo de Moreau contra la inferioridad femenina. Y todo ello era antecedido por una colaboración de 1914 de la pedagoga Raquel Camaña que subrayaba las diferencias esenciales entre el hombre y la mujer, pero también el marco de igualdad que subyacía a esas diferencias y que volvía injustificable la inferioridad jurídica sancionada en el Código Civil —y remediada en 1926—. Camaña y Moreau apelaban a la psicología experimental de José Ingenieros y de su discípulo Enrique Mouchet (marido de Berenstein) y a conceptos sociodarwinianos, en una argumentación que modelaba un feminismo que dejaba de participar de la vanguardia prudente para otorgar más peso al voluntarismo ético y tensionar el determinismo biológico. Una tensión que, como subrayó Jorge Dotti (1990), es central en las incursiones filosóficas de Juan B. Justo e Ingenieros y es característica del socialismo científicista.

Para Camaña, la inferioridad respondía a tres factores: la educación, el medio ambiente y sobre todo la herencia. La ciencia probaría la superación de la inferioridad pues

Un lento proceso evolutivo a través de varias generaciones, en condiciones apropiadas, que modificarán, en absoluto, el medio actual y las actuales relaciones sexuales, una coeducación humana en sus fases sexual y social, proveerá a la mujer de un cerebro equivalente en potencia al cerebro masculino. Equivalente, como él, será la psiquis femenina y equivalente —no en el sentido de la igualdad, sino en el de la diferencia— será su resultado. La elaboración de un ideal humano femenino que completará el hasta hoy unilateral ideal masculino (Camaña, 1914, p. 262).

La transformación del rol de la mujer necesitaría entonces del progreso individual continuado por varias generaciones. Hasta que eso sucediera, Camaña convocaba a las mujeres a cumplir primero su función social, la maternidad, para luego reclamar su derecho a ser considerada como un ser humano igual al hombre. Esta visión complementaria entre el hombre y la mujer la distanció de Abella de Ramírez, Moreau y otras feministas, pero no le impidió incorporarse a asociaciones feministas ni insistir en las aptitudes educativas femeninas, sobre todo en lo relativo a la moral y la higiene. E incluso en 1910 Camaña polemizó públicamente con el decano de la Facultad de Filosofía y Letras luego de que rechazara su pedido de asumir la suplencia de la Cátedra de Ciencias de la Educación, en la que preveía dictar una serie de conferencias sobre higiene psíquica. Una polémica en la que sentó las bases de un minucioso programa de educación sexual y de extensión universitaria ligada a esa educación (Camaña, 1910).

Como sugerimos, en la encuesta de 1914 Moreau optó por refutar el biologicismo de Camaña. Rechazó la herencia sexual y más en general el criterio biológico como determinaciones de las diferencias entre el hombre y la mujer. Las diferencias se apoyarían no en una cuestión dependiente de la naturaleza psíquica sino de la educación. En iguales condiciones, advertía Moreau, la mujer puede ser superior desde el punto de vista biológico al hombre. Como muestra de la fortaleza y perseverancia de la mujer, la joven recordaba su respuesta ante la hostilidad del medio universitario:

La burla o el desprecio de los más, los insultos de los estudiantes protegidos por el número, la hostilidad más o menos abierta de los profesores, debí acobardarlas, hacerlas retroceder; sin embargo, han persistido, su número ha ido aumentando, y dada la mayor cultura ambiente gozan ahora de una suficiente tranquilidad (1916, p. 19).

Desde el evolucionismo biológico o desde la educación racional, el científicismo y la igualdad de la mujer convergían para construir un feminismo que permanecería a distancia de los cuestionamientos a la racionalidad científica que hacían las filosofías neokantianas. Por un lado, quienes se definieron antipositivistas no se mostraron muy interesados en los reclamos feministas.⁸ Por otro, la vanguardia feminista estaba

8 Domínguez Rubio ha rastreado el lazo más explícito que los antipositivistas socialistas parecen haber tenido con el feminismo. Este es bastante tardío y se circunscribe a una reflexión sobre la historia de la filosofía que, bajo el título «La mujer en la filosofía», ofreció en 1942 uno de los destacados discípulos de Alejandro Korn, Francisco Romero (Torchia Estrada, 1997).

compuesta en su mayoría por las primeras médicas y estas optaron por vincularse a Ingenieros y discípulos que, desde una sensibilidad socialista, cuestionaban el antipositivismo y respaldaban los reclamos feministas. Pero a fines de 1917 llegaban las noticias rusas, meses después el estallido de la Reforma Universitaria y ambos traerían modificaciones al socialismo científicista y eticista por el que apostaban el feminismo de Moreau y de otras médicas y pedagogas.

La Revolución rusa y la Reforma universitaria

Durante 1918 el científicismo progresista —y con él los feminismos— se renovaban ante la legislación feminista discutida por la Revolución Rusa, el ciclo local de protestas obreras y las revueltas en las aulas por las que habían pasado la mayoría de las feministas científicistas. Esa revolución que llegaba hacia el fin de la guerra para mostrar la posibilidad de la emancipación de la humanidad inspiraba temor en las derechas y entusiasmo en las izquierdas. Vinculado a estas se registraba un ciclo argentino de conflicto obrero en el que —siguiendo la minuciosa reconstrucción de Doeswijk (2013)— puede reconocerse un *trienio rojo* (1919-1921), de mucha menor intensidad al alemán y el italiano. Ante las huelgas y la violenta represión de enero de 1919 conocidas como la Semana Trágica, el yrigoyenismo intentaba que el parlamento aprobara una legislación laboral, pero no podía evitar que los grupos filiados al bolchevismo alentaran nuevas insurrecciones ni que quienes temían el caos social organizaran un nacionalismo xenófobo. Entonces, por un lado, se fundaron la Liga Patriótica Argentina y la Asociación Nacional del Trabajo para difundir ese nacionalismo y contar con una fuerza de choque y, por el otro, la Iglesia Católica organizó una Gran Colecta Nacional que debía disminuir, en el marco del mismo orden social, la extrema desigualdad económica.

Como anticipamos, ni los estudiantes ni las feministas permanecieron indiferentes a ello. Por un lado, la aparente expansión europea del bolchevismo y la legislación rusa a favor de las mujeres renovaban la discusión que los feminismos mantenían al interior del anarquismo y el socialismo sobre el lugar de la emancipación femenina en la lucha por la emancipación humana. Por otro, era a las mujeres a quienes convocaban tanto el nacionalismo de la Liga Patriótica como la caridad católica. En cuanto a los estudiantes, la mayoría se entusiasmó con el nacionalismo mientras que una activa fracción intentó radicalizar los conflictos iniciados en Córdoba a partir de una convergencia entre reforma universitaria y revolución social que los acercaba a los partidos de izquierda, las federaciones obreras y las asociaciones feministas.

Al interior de esta fracción radicalizada de la reforma se distinguían dos interpretaciones de Rusia. Deodoro Roca, Saúl Taborda, Carlos Astrada y la vanguardia filosófica que lideraban desde Córdoba apelaban al vitalismo para señalar que los bolcheviques habían logrado interrumpir el evolucionismo científico e iniciaban una era radicalmente nueva que prometía la realización plena de las capacidades humanas. Bermann, Palcos y otros discípulos de Ingenieros, en cambio, persistían en el científicismo y encontraban en Rusia un paso más en la evolución, el que realizaba los ideales que habían quedado inconclusos luego de la Revolución Francesa sobre la que Moreau y otras feministas sentaba su proyecto educativo (Bustelo y Domínguez Rubio, 2017). A pesar de esas diferencias entre la interpretación vitalista y la evolucionista de Rusia, ambas fracciones no dudaron de la necesaria emancipación de la mujer y se vincularon a distintos feminismos.

Ante los primeros conflictos estudiantiles, en marzo de 1918, Bermann, en representación de la Federación Universitaria de Buenos Aires, llegaba a Córdoba junto a Alfredo Palacios para ser orador en el masivo acto en apoyo a la huelga de los reformistas. A su vuelta Bermann inició, desde la presidencia del Centro de Estudiantes de Filosofía y Letras, un ciclo de conferencias de Extensión Universitaria que preveía la participación del filósofo antipositivista y feminista uruguayo Carlos Vaz Ferreyra sobre los problemas filosóficos contemporáneos, del profesor español Julio Rey Pastor sobre la filosofía matemática y del

pedagogo feminista —esposo de Ernestina López— Ernesto Nelson sobre las nuevas orientaciones de la educación. Las conferencias se han perdido pero la impronta filosófica feminista del ciclo fue explícita, pues su inauguración consistió en una conferencia de Moreau sobre la educación de la mujer y los problemas contemporáneos.

Entonces Moreau presidía la Unión Feminista Nacional, un grupo reunido en el mismo mes de abril de 1918 en que pronunció la conferencia. Bajo el liderazgo de la escritora Julia García Games, la Unión reunió a socialistas y librepensadoras que anunciaban como programa el «perfeccionamiento físico, intelectual y moral de la mujer», los derechos civiles y políticos femeninos y la protección de la madre y la obrera (1919, cit. en Gallo, 2004, p. 14). Moreau seguía participando del Ateneo y dirigiendo *Humanidad Nueva*, ambos identificados con el bolchevismo y con lo que desde la fundación de la III Internacional, en enero de 1919 en Moscú, se conocería como el «socialismo tercerista» (es decir, la fracción que bajo el liderazgo de Del Valle Iberlucía impulsó, hasta enero de 1921, que el Partido Socialista adhiriera a los 21 puntos de aquella Internacional). Para apoyar a los reformistas cordobeses, en el mismo mes de junio en que se producía el conflicto hoy conocido como el inicio de la reforma, Bermann asumía la dirección de una Federación de Asociaciones Culturales. El Ateneo se encontró entre las asociaciones de la federación que organizaron mítines y firmaron solicitadas. Por una difundida en la *Revista de Filosofía* (1915-1929) de Ingenieros y otras publicaciones de la trama de la reforma sabemos que entre la treintena de centros que compusieron la Federación, dos fueron anarquistas mientras que la mayoría se inscribió en el socialismo. Además del Ateneo Popular participaron seis asociaciones feministas: la Unión que presidía Moreau, el Ateneo Carolina Muzzilli, la Biblioteca Gabriela L. de Coni, la Agrupación Feminista Socialista, la Liga de Educación Racionalista y la Liga Nacional de Maestros. En las dos últimas participaba, entre otras, la maestra y feminista socialista —esposa de Bermann desde 1921— Leonilda Barrancos.

En vinculación con la Federación, el Ateneo organizó el 23 de junio un acto público en un local cedido por la sección 13 del Partido Socialista. La crónica de *Humanidad Nueva* informa que, junto a los representantes de la Federación Universitaria de Córdoba Ruiz Gómez y Castellanos, hablaron en nombre del Ateneo el joven Pablo Barrenechea y Moreau. Esta habría puesto de relieve el carácter social del movimiento estudiantil «exhortando al pueblo trabajador a ayudar a los estudiantes para que a su vez estos lo hagan cuando él lucha por la conquista de sus reivindicaciones y derechos» (*Humanidad Nueva*, 1918, p. 176). Y fue Barrenechea quien en ese acto subrayó la necesaria convergencia —ya anunciada por Mouchet en otro acto en apoyo a los estudiantes y por Moreau con su participación en la Facultad de Filosofía y Letras— entre el movimiento obrero, el feminista y el universitario. Presagiaba que el último se ampliaría y que «junto con la laización de la enseñanza, el matrimonio civil, la sanción de los proyectos de divorcio y la emancipación femenina constituirán la aurora del porvenir de libertades que marcará una nueva era de progreso social, dejando atrás la Sierpe ponzoñosa destilando su virus en la penumbra del pasado» (Barrenechea, 1918, p. 129).

Entonces Moreau decidía concentrarse en la Unión Feminista y ceder la dirección de la revista del Ateneo a cinco estudiantes que buscaban radicalizar la Reforma desde el socialismo tercerista. Entre ellos se encontraban Bermann y Juan Antonio Solari, quien elegía el día del trabajo, el 1.º de mayo de 1919, para crear una de las pocas revistas estudiantiles que, a través de Brumana, enlazaron Reforma y contrafeminismo del feminismo, *Bases. Tribuna de la juventud* (1919-1920).

Desde Córdoba también se daban tempranos cruces entre Reforma y feminismo. La encargada de ampliar el apoyo de la Federación Universitaria de Córdoba fue Córdoba Libre, asociación liderada en 1918 por Sebastián Palacio, Saúl Taborda y Deodoro Roca. En agosto de 1918 la asociación editó *La Montaña. Publicación de Córdoba Libre*, un periódico de pocas páginas del que aparentemente se publicó un único número. Ya desde el título, *La Montaña* proponía la inscripción del movimiento estudiantil y la Revolución

Rusa en el ala radicalizada de la Revolución Francesa, inscripción que la hermanaba al Ateneo Popular y *Humanidad Nueva* en el llamado a hacer converger el movimiento obrero, el estudiantil y el femenino. De este se ocupó «El escudo viril», nota anónima que criticó el acto organizado por los católicos en desagravio al derrumbe de la estatua de un rector católico. Retomando uno de los puntos de la Unión Feminista y otras asociaciones, ironizaba sobre el «escudo» que formaron mujeres y niños para proteger los ideales de la Iglesia: aquel explicitaría un «sufragismo católico» al que no le interesa «como al otro los problemas que atañen a la mejor condición jurídica de la mujer, sino que se preocupa más bien de resolver los problemas que atañen al mejoramiento económico del clero» (*Humanidad Nueva*, 1918, p. 3).

Además Córdoba Libre intentó la convergencia entre obreros, estudiantes y mujeres en su programa. Allí se definió como «una asociación que aspira y propende al mejoramiento económico, moral y espiritual del pueblo» y entre las reformas legislativas para ese mejoramiento consignó la ley de enfiteusis que aseguraba el acceso a la tierra, la laicidad de la enseñanza, la democracia universitaria y también las medidas que apuntaban a la emancipación femenina, esto es, la separación de la Iglesia y el Estado, el divorcio y los derechos civiles y políticos de las mujeres (Agüero, s/f). Cuestiones estas que fueron acompañadas con la creación de una Sección femenina, liderada por María Ofelia Grandoli y Ana Mori, dos delegadas de la Escuela Profesional de Señoritas que participaron de las manifestaciones reformistas.

En noviembre de 1918 la Junta Directiva de Córdoba Libre difundió un manifiesto «Al pueblo de Alta Córdoba». Este se detenía en los problemas universitarios, entre ellos que las mujeres, en su mayoría, fueran conservadoras, no democráticas y católicas, y justificaba del siguiente modo el divorcio y la igualdad de género:

Creemos que la familia es una sublime mentira, una paradoja perjudicial, cuando bajo el yugo marital gime una mujer que no cometió más delito que aspirar a ser madre o cuando un hogar, perdido el amor, vínculo sagrado y único que puede unir a dos seres se convierte en un asidero de odios, rencores ambiciones y pasiones bastardas.

En este sentido lucharemos por la sanción de la ley de divorcio absoluto, como la única fórmula capaz de atemperar y solucionar estas injusticias sociales.

Queremos la desaparición de la desigualdad legal entre el hombre y la mujer, desde que no reconoceremos ya al primero, sobre todo, después de los acontecimientos que han conmovido al mundo entero, ninguna superioridad física o mental que le permita ser un ente privilegiado por el solo hecho de ser hombre (en Bustelo y Celentano, 2012).

Córdoba Libre fue clave en la prolongación y ampliación de la Reforma más allá de los reclamos gremiales, pero se disolvió a fines de 1919. Desde 1919 y hasta el fin del trienio rojo en 1922 varios grupos y revistas estudiantiles apostaron a unir Reforma Universitaria y Revolución Social. Y en esa apuesta volvió a aparecer la cuestión de la emancipación de las mujeres y la vinculación del movimiento estudiantil con el feminista.

La revolución social y los feminismos

La conferencia que Moreau dictó en 1918 en la FFyL seguramente tuvo como dos finalidades que resultaron poco exitosas: la de sumar a las universitarias que asistían a esa facultad a los reclamos de igualdad y la de acercar ese feminismo al movimiento reformista en el que Bermann ya se anunciaba como el líder de su fracción socialista científicista. Ese acercamiento también lo intentó la revista de la Unión Feminista, *Nuestra Causa* (1919-1921), que dirigió Petrona Eyle, una médica argentina que para evitar los maltratos sufridos por Moreau y otras mujeres viajó a estudiar a Suiza. *Nuestra Causa* difundió varias notas sobre la educación de la mujer y se vinculó a los reformistas de Uruguay más activos, el grupo y revista *Ariel* (1919-1931), que en un comienzo lideró quien sería un referente de la izquierda nacional uruguaya, Carlos Quijano. *Ariel* publicitó

durante 1919 a *Nuestra Causa* y aclaró que la distribución estaba a cargo de Paulina Luisi, una de las más destacadas feministas sufragistas de Uruguay, entonces impulsora de la fundación de la sección uruguaya del Consejo Nacional de Mujeres.⁹

En el Fondo personal de Luisi se conservan documentos que confirman los estrechos vínculos de las feministas de los dos lados del Río de la Plata. Entre ellos una carta en la que Eyle le advierte a Luisi las limitaciones de un Consejo financiado por el Estado y la invita a una radicalidad que explicita la condición de guía ejercida por Ingenieros y con ello el alejamiento que la Unión había tomado de la prudencia señalada en 1901 por López:

La clásica frase de la señora [Alvina van Praet] de Sala «no estamos aún preparadas» sigue siendo de actualidad en la fecha de hoy. Creo que Ingenieros tiene razón de decir, que aquí hay que romper algunos vidrios y que nuestras reivindicaciones tienen que ocasionar movimientos sociales de abajo hacia arriba —obreras, prostitutas, etc.—. Las matronas de la sociedad de beneficencia tendrán que ceder, si se encuentran aisladas con sus viejas creencias y tradiciones (Cuadro Cawen, 2018, p. 203).

Las estudiantes de la Facultad de Filosofía y Letras —que, en su mayoría, no necesitaban trabajar durante su juventud ni debían asegurarse una profesión liberal— confirmaban el diagnóstico de Eyle, pues, como venía ocurriendo luego de la tesis de López, no se entusiasmaron con el feminismo de Moreau y la Unión. Es más, en los años siguientes el Centro de Estudiantes de esa Facultad fue dirigido por jóvenes que se vincularon «de arriba hacia abajo» con los movimientos sociales, ya que simpatizaron con el orden social que llamaba a defender la Liga Patriótica. El ciclo de conferencias proyectado por Bermann era interrumpido luego de la conferencia de Moreau y en 1919 los estudiantes asistían a unas conferencias sobre temas filosóficos que se alejaba de la igualdad femenina y de las izquierdas: el presbítero Ayala, «uno de los más ilustrados sacerdotes del clero argentino» —según el ensayo de Carlos Sfondrini publicado en el número de mayo-junio de 1919 de *Verbum*—, objetaba el neokantismo desde la noción de verdad propuesta por el teólogo James Balmes. Pero además el número anterior de *Verbum* explicitaba la defensa de la desigualdad entre géneros a través de dos breves textos de una graduada y una estudiante.

La egresada Celina Balán reducía la figura femenina a «Magdalena simbólica de todos los dolores de la tierra» y precisaba que, en esa Facultad donde los estudiantes habían «recibido sabias lecciones de prudencia y de integridad moral», las mujeres ponían «la nota de dulce ingenuidad en el conjunto; la mujer, que en lugar de acaudillar multitudes, yo quisiera fuera el ritmo dulcísimo de los consuelos, alma sensitiva para enjugar lágrimas que lloran los vencidos» (Balán, 1919, p. 236). El mismo número reproducía un extracto del discurso que había pronunciado la estudiante María Isabel Salthu en apoyo a la candidatura de Ventura Pessolano a la presidencia del Centro de Estudiantes. Anticipando los argumentos de su tesis doctoral, Salthu circunscribía la educación y la ciudadanía de las mujeres a un nacionalismo que legitimaba las diferencias de clase y de género. Allí afirmaba que «uno de los problemas más importantes en el momento actual es, sin duda, el feminista» y precisaba que la mujer obrera debía ser educada no para emanciparse, sino para seguir el ejemplo de las «mujeres laboriosas y sencillas, que fueron el honor de la Argentina» y para saber

9 En ese año 1919 Moreau dictó la conferencia *La emancipación civil de la mujer* en la Asociación Científica Argentina. Esta sí se conserva en la versión publicada como folleto en la Biblioteca feminista, que editó la Unión y que solo conocemos por ese folleto. Además ese año una veintena de varones y mujeres —entre las que se encontraban integrantes de la Unión— fundó en Buenos Aires la Liga pro Derechos de la Mujer, bajo la dirección de Rawson de Dellepiane y el padrinazgo de Palacios, y el Partido Feminista Nacional, que llevó como diputada nacional a Lantieri. Luego de que esta hubiera votado en 1911, el poder ejecutivo conformó el padrón electoral a partir del Servicio Militar Obligatorio. Ello evitó que el voto se definiera como *no femenino* al tiempo que reforzó la exclusión de las mujeres. Ocho años después, a través de aquel Partido, Lantieri insistía en ese juego de explicitación y reformulación de lo que hoy reconocemos como el sistema sexo-genérico.

«arreglar su salón y su persona». En abierta oposición al socialismo, a la Unión, al entusiasmo revolucionario que traía Rusia y al llamado de Ingenieros a «romper algunos vidrios» (Salthu, 1919, p. 242), advertía que es

... hoy por hoy un anacronismo el pedir para la mujer el voto y la banca del Congreso, y creemos que el camino por el que se quiere llevar a la mujer argentina es el peor de todos. Esos cientos de obreras y empleadas que cruzan las calles de nuestra ciudad dando gritos, haciendo flamear banderas, esas mujeres que incendian, que levantan vías, que se valen del respeto que siembre ha tenido el hombre por la debilidad femenina, para detener trenes y tranvías, nos dice que la mujer va hacia el desprestigio, y el desprestigio de la mujer encierra en sí el desprestigio de la nación a que pertenece (Salthu, 1919, p. 242).

En medio de las huelgas y mitines obreros del trienio rojo, la joven insistía en que el proyecto de extensión debía evitar que la obrera tuviera «un concepto irreal de la vida, de los que despiertan en ella los sentimientos de rebeldía hacia el superior y de odio al resto de la sociedad» (Salthu, 1919, p. 242). Ello, por un lado, la enfrentaba a la figura de Angélica Mendoza y a la Federación Universitaria Argentina, que la saludaba por su liderazgo en la huelga de 1919 del sindicato mendocino Maestros Unidos. Por otro, acercaba a Salthu a la *Revista Nacional* (1918-1920), que dirigían los jóvenes Julio Irazusta y Mario Jurado, y a la Unión Universitaria, desde la que aquellos junto a un grupo de estudiantes de la Facultad porteña de Derecho dirigieron el Centro de Estudiantes.

A continuación de las palabras de Salthu, Ventura Pessolano inscribía la cuestión femenina en la definición nacionalista de la Reforma que primaría en las próximas décadas en la Facultad de Filosofía y Letras. Precisaba que

los centros universitarios [deben lograr] que el obrero, a cuya dignificación asistimos, no siga viendo en cada uno de nosotros al futuro señor que, con los prestigios de su título, se incorporará a la clase social que le desprecia, cuando no le explota, sino al amigo, que en cambio de las comodidades materiales que él le proporciona con su trabajo doloroso, le da para solas de sus rudas jornadas, un poco de las luces que adquirió en esta institución sostenida con el centavo que las leyes gravan sobre el pan de sus hijos (Ventura Pessolano, 1919, p. 243).

Al tiempo que cualquier condición vanguardista del feminismo era desplazada de las aulas de esa facultad, ese estudiante de filosofía ganaba la presidencia del Centro de Estudiantes y lideraba la conservadora Federación Universitaria de Buenos Aires —y en los años siguientes se incorporó como profesor suplente en la cátedra de estética de filosofía—.

Como mencionamos, la fracción radicalizada de la Reforma a la que se oponían Balán, Salthu y Ventura Pessolano se vinculó tanto al feminismo de la Unión Feminista como al contrafeminismo del feminismo. En cuanto a este, el reproche a la vanidad y superficialidad de las mujeres que Brumana planteó en 1919 en *Bases* con «Esas maestras...» inició una breve polémica que se extendió a *Clarín*. *Semanario del Ateneo de Estudiantes Universitarios*, donde publicó «Contra el feminismo y para las mujeres», *Insurrexit. Revista estudiantil* (1920-1921), en la que aparecieron las «Chafalonías», y *Hoy* (1921), donde difundió fragmentos de sus cuentos bajo el título «Con mi amiga», las notas «Las maestras» y «Para las mujeres» y dos breves textos contra la poligamia «Este era un siglo...» y «A las mujeres». ¹⁰ Además, desde ese contrafeminismo distante del evolucionismo científico, Brumana mostró que las mujeres podían protagonizar veladas de literatura social. En julio de 1921, el segundo número de *Hoy* anunció un acto a beneficio de la revista en el que se exhibirían

10 En 1921 Brumana se casaría con Solari, pero en 1919 vivía en Pigüé, un pueblo de la provincia de Buenos Aires en el que trabajaba como maestra, fomentaba la Biblioteca Popular Pigüé y editaba la irreverente revista *Pigüé*. Solari (1976) recuerda que cuando editaba *Bases* solo conocía a Brumana a través de unas pocas cartas que se habían intercambiado y de los retratos aparecidos en las revistas y periódicos en que ella escribía. Las cuatro revistas estudiantiles pueden consultarse en <<http://americalee.cedinci.org/>>, donde también se encuentran los índices de cada revista y estudios preliminares.

«interesantes películas de tendencia social y se recitarán poemas. Amenizará el acto una excelente orquesta» (*Hoy*, 1921, n.º 2), pero el evento principal era la «conferencia de nuestra colaboradora Herminia C. Brumana sobre Mis novelas: Una maestra, Un enfermo, La vengadora, Futura madre, Un ingenuo, La revolucionaria, Un ingrato, La que perdió la fe, Mi novela» (*Hoy*, 1921, n.º 2).

En comparación con revistas similares, *Bases* tuvo un mayor número de publicaciones provenientes de mujeres: además de las cinco colaboraciones de Brumana, escribieron Gabriela Mistral, Salvadora Medina, Luisa Belmar y Esperanza Villanueva (seguramente dos seudónimos femeninos de Solari). Pero fue *Insurrexit* la que dedicó más páginas a la discusión sobre la relación del feminismo y los estudiantes con el bolchevismo. Entre los cuatro jóvenes que la editaban se encontraba una mujer, Mica Feldman. El breve manifiesto que abre el segundo número, «¡Estudiante!», las incluye en su interpelación: «Todos los que piensan, hombres y mujeres —por eso los que estudian: maestros, estudiantes, artistas, etc. tienen ante la hora que llega, un ineludible deber, nítido y grande. Los que saben, deben hablar, explicar, predicar—» (*Insurrexit*, 1920, n.º 2). A su vez, en ese segundo número de *Insurrexit* Feldman, bajo el título «Nuestro lugar», cuestionaba la lucha por derechos civiles y políticos para proponer las convicciones que dos décadas después la llevarían a la trinchera poumista de la Guerra Civil Española:

Cuando pidan nuestros compañeros, a la dulce, la sensitiva, la maternal, sabremos ser dulces, sensitivas y madres; cuando pidan la intelectual, uniremos nuestras mentes a las suyas pensaremos juntos. Seremos, no un complemento, sino un elemento igual porque lo hemos sido siempre. [...] Si hasta ahora nos hemos conformado con el puesto menos que insignificante que nos asignó el convencionalismo, seguir en esas condiciones es imposible. En la lucha de clases somos una clase más que reclama sus derechos y debemos formarnos en línea de batalla. Esperar que los hombres conquisten por sí solos el porvenir que vislumbran es llamarnos a nosotras mismas, a gritos, inferiores, incapaces (Feldman, 1920).

A diferencia del de Brumana, este contrafeminismo impulsaba la organización colectiva a partir de la Federación Obrera Regional Argentina de orientación anarquista y bolchevique y era reforzado con textos distantes del evolucionismo científico: la reseña a la entrevista realizada por un minero inglés a Alexandra Kollontai sobre «la nacionalización de los niños en el estado Bolsheviki» (*Insurrexit*, 1920, n.º 2), el editorial «Nuestro voto» (*Insurrexit*, 1920, n.º 4) de Feldman, «Para acabar con el feminismo» (*Insurrexit*, 1921, n.º 6) -artículo de Magdalena Marx traducido por el grupo editor- y las observaciones que, bajo el título «Viva la ley del embudo» (*Insurrexit*, 1921, n.º 9), realizaba uno de los más entusiastas feministas libertarios, Julio Barcos. Esa definición no impedía que el octavo número de *Insurrexit* le diera la palabra a Moreau para contestar la crítica de Feldman. En «¿Qué es el feminismo?» (*Insurrexit*, 1921, n.º 8), la presidenta de la Unión Feminista reconocía con Feldman la importancia de la lucha de clases, pero resaltaba la necesidad de una lucha feminista previa a la revolución. *Insurrexit* acompañó la nota con el anuncio de una encuesta sobre la Unión. Pero parece haber desistido del debate, pues los siguientes números no hicieron ninguna mención.

En 1921 la Unión se disolvía, pero ello no interrumpía la circulación de ese ni de otros feminismos. El trienio rojo internacional se cerraba en 1922 de un modo nada exitoso, al tiempo que la legislación rusa que emancipaba a las mujeres entraba en un proceso de reversión, que apenas dejaría dos espacios clave en la reconfiguración de las tareas domésticas, los jardines de infantes y los comedores. También en Buenos Aires dejaban de registrarse los grupos estudiantiles revolucionarios y atentos a la emancipación femenina que rastreamos. Yrigoyen era sucedido por Alvear, quien, a pesar de pertenecer a la misma UCR, reincorporaba a muchos profesores cuestionados por los reformistas y lograba moderar los ímpetus estudiantiles. La distancia de un inminente horizonte emancipatorio internacional obligaba a quienes apostaban a radicalizar el movimiento estudiantil a reorientar su intervención y allí encontrarían el discurso juvenilista, americanista y antiimperialista que identificaría a la Reforma durante todo el siglo XX. El más entusiasta promotor rioplatense de ese discurso sería el boletín mensual *Renovación* (1925-1930) y la Unión Latino-Americana (ULA),

propiciada por Ingenieros y presidida por Palacios. Aunque la ULA no llevó en su programa el reclamo de emancipación femenina, *Renovación* se ocupó tempranamente de la discusión. En efecto, el séptimo número reproducía «Los viejos errores sobre la mujer» de la escritora chilena María Monvel y con ello se introducía un feminismo que, en tácita coincidencia con la denuncia que realizaba Bronstein en 1916 y en oposición a la que seguiría realizando Brumana, aclaraba que «lo que nos impulsa a una ardiente, casi a una airada protesta, tras largas e ignominiosa pasividad, es el perenne y deliberado error de los hombres, que nos siguen atribuyendo hoy como ayer, una inferioridad mezquina, hijas de vicios pequeños, de —defectillos— sin importancia, de pueriles iniquidades» (1923, p. 2).

Feminismos argentinos

Desde la tardía recepción local de *El segundo sexo* (1949) de Simone de Beauvoir, poco se duda de la legitimidad de un abordaje filosófico del feminismo. A ello se suma el destacado papel que ocupan en la ola feminista actual las obras de Judith Butler, Nancy Fraser, Angela David y Donna Haraway. En Argentina los iniciales tanteos teóricos parecen haberlos realizado, a fines del siglo XIX, el contrafeminismo del feminismo, incorporado por algunas fracciones del anarquismo y revitalizado en los primeros años de la Revolución rusa. Y a ese contrafeminismo pronto se sumó una vanguardia prudente que contó tanto con un extenso ensayo presentado como tesis doctoral en filosofía por Elvira López como con agrupaciones en un principio inscritas en el Consejo Nacional de Mujeres.

La atención a las ideas y a la organización vinculadas a esa vanguardia nos invita a completar los análisis sobre la extendida cultura científica argentina. Desde la equiparación de la imagen de la mujer con la de la madre y una serie de argumentos científicos ligados al socialismo o al librepensamiento, las feministas universitarias ampliaban la función cuidadora y educadora de la mujer más allá del hogar. Y la revisión de *Humanidad Nueva* deja pocas dudas de la existencia de una fracción científicista que, en sus reflexiones pedagógicas, higienistas y biológicas, construyó una corriente feminista eticista cuya ausencia del mapa de las expresiones filosóficas argentina no tiene justificación. Además, el rescate de otras fuentes ligadas a los feminismos argentinos nos muestra que esa corriente no permaneció inmutable. El trienio rojo argentino decidía a varias feministas a reemplazar la prudencia por un voluntarismo orientado a acelerar la evolución a partir de la convergencia entre obreros, estudiantes y mujeres. Ese voluntarismo feminista persistiría en la historia intelectual argentina, pero también persistiría el cuestionamiento contrafeminista que demandaba mayor radicalidad, y que en los veinte era pronunciado por Brumana y Feldman.

Al igual que para las distintas filosofías identificadas con el socialismo, el anarquismo y el librepensamiento, para el feminismo deberían pasar varias décadas hasta que alguna de sus versiones conquistara un espacio universitario. Durante la mayor parte del siglo XX, las ideas y prácticas de las izquierdas y las del feminismo circularon por manifiestos, revistas, folletos, asociaciones, congresos y mitines. En varias de esas instancias algunas fracciones de las izquierdas se hermanaron con algunas de las del feminismo. Es ese tipo de circulación la que, según buscamos mostrar, hace que sea fundamental el cruce de los argumentos feministas de las figuras señeras con una cultura de izquierda que tenía más alcance, que se reformuló ante la Gran Guerra y la Revolución rusa y que impulsó la confluencia del movimiento estudiantil con el obrero.

Referencias bibliográficas

- AGÜERO, A. (s/f). *Asociación Córdoba Libre, Proyecto Cultural interiores*. Recuperado de <<http://culturasinteriores.ffyh.unc.edu.ar/iacoo2.jsp?pidf=FM3IZA&po=R>>.
- ARIAS, A. C. (2017). *Mujeres universitarias en la Argentina. Algunas cuestiones acerca de la Universidad Nacional de La Plata en las primeras décadas del siglo XX*. Trabajo de especialización. La Plata: Universidad Nacional de La Plata. Recuperado de <<http://sedici.unlp.edu.ar/handle/10915/68074>>.
- * BALÁN, C. (1919). De nuestro ambiente. *Verbum*, 49, pp. 235-236.
- BARRANCOS, D. (1990). *Anarquismo, educación y costumbres*. Buenos Aires: Contrapunto.
- (2005). Primera recepción del término «feminismo» en la Argentina. *Labrys, Revista de Estudios Feministas/Études Féministes*, (8). Recuperado de <<https://www.labrys.net.br/labrys8/principal/dora.htm>>.
- * BARRENECHEA, P. (1918). Proyecciones universitarias. *Humanidad Nueva*, 5, p. 129.
- BECERRA, M. (2009). *Marxismo y feminismo en el primer socialismo argentino: Enrique del Valle Iberlucea*. Rosario: Prohistoria.
- (2016). Un prisma original: educación, género, amor y ciudadanía en Herminia Brumana. *Historia de la Educación*, 17 (2), 80-103. Recuperado de <<http://ppct.caicyt.gov.ar/index.php/anuario/articulo/view/9591>>.
- * BRONSTEIN, M. (julio de 1916). La mujer doméstica. *Juventud*, 45, pp. 51-54.
- BUCHBINDER, P. (1997). *Historia de la Facultad de Filosofía y Letras*. Universidad de Buenos Aires. Buenos Aires: Eudeba.
- BUSTELO, N. (2018). *Todo lo que necesitás saber sobre la Reforma Universitaria*. Buenos Aires: Paidós.
- y DOMÍNGUEZ RUBIO, L. (2017). Radicalizar la Reforma universitaria. La fracción revolucionaria del movimiento estudiantil argentino (1918-1922). *Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura*, (44). doi: 10.15446/achsc
- * CAMAÑA, R. (octubre de 1910). El prejuicio sexual y el profesorado en la Facultad de Filosofía y Letras. *Revista de Derecho, Historia y Letras*.
- * CANDIOTI, M. R. (1920). Bibliografía doctoral de la Universidad de Buenos Aires y Catálogo cronológico de las tesis en su primer aniversario, 1921-1920. *Revista de la Universidad de Buenos Aires*, XVI, (XLIV), pp. 425-III6.
- * ————— (1914). Inferioridad femenina. *Humanidad Nueva*, año VI, tomo VII, pp. 257-262.
- CARREÑO, L. (2018). *Los estudiantes universitarios en tiempos de reformas. Sociabilidad y vida estudiantil en la universidad porteña (1900-1930). Tesis de doctorado en Ciencias Sociales y Humanas*. Universidad Nacional de Quilmes [mimeo].
- * Córdoba libre. Manifiesto y propósitos, *Themis*, 73, febrero de 1919, pp. 180-184, reprod. en N. BUSTELO y A. CELENTANO (2012). La militancia estudiantil en los orígenes de la Reforma Universitaria. Las revistas de la Reforma Universitaria: *Ariel, Cuadernos del Colegio Novacentista, Ideas, Themis, Los Trabajos y los Días*, 3, 109-132. Recuperado de <<https://revistas.unlp.edu.ar/LosTrabajosYLosDias/articulo/view/5754>>.
- CORTÉS, N. y FREYTES, A. (2016). *Índice de las primeras egresadas de la Universidad Nacional de Córdoba: 1884-1950 (Introducción de Jaqueline Vassallo)*. Córdoba: UNC.
- CUADRO CAWEN, I. (2018). *Feminismos y política en el Uruguay del novecientos. Internacionalismo, culturas políticas e identidades de género (1906-1932)*. Montevideo: Ediciones de la Banda Oriental-Asociación Uruguaya de Historiadores.
- DENOT, S. (2007). La emergencia de las mujeres en la UBA. Transformaciones del campo intelectual y nuevos sujetos. *Actas del V Encuentro Nacional y II Latinoamericano «La Universidad como objeto de estudio»*, Tandil.
- (2009). Quesada y la recepción académica del feminismo: la cuestión femenina en la naciente Sociología. *Políticas de la Memoria*, (8/9), 203-211. Recuperado de <<http://ojs.politicadela memoria.cedinci.org/index.php/PM/articulo/view/441>>.
- * DERISI, D. (junio de 1918). Pro Córdoba libre. *Humanidad Nueva*, n.º 6, p. 176.
- DOESWIJK, A. (2013). *Los anarco-bolcheviques rioplatenses*. Buenos Aires: CeDInCI.
- DOTTI, J. (1990). Las hermanas-enemigas. Ciencia y ética en el positivismo del Centenario. En *Las vetas del texto. Una lectura filosófica de Alberdi, los positivistas, Juan B. Justo*. Buenos Aires: Puntosur.
- (1992). *La Letra gótica. Recepción de Kant en Argentina desde el romanticismo hasta el treinta*. Buenos Aires: Facultad de Filosofía y Letras, UBA.
- * El escudo viril. *La Montaña. Órgano de Córdoba Libre*, 1, agosto de 1918, p. 3.
- * Encuesta de *Humanidad Nueva* (enero de 1916). *Humanidad Nueva*, 1, p. 1.
- * FELDMAN, M. (9 de octubre de 1920). Nuestro lugar. *Insurrexit*, 2, pp. 2-3.

- FERNÁNDEZ CORDERO, L. (2011). Versiones del feminismo en el entresiglo argentino (1897-1901). *Políticas de la Memoria*, (10/11/12), 67-95. Recuperado de <https://scholar.google.com/scholar_url?url=http://ojs.politicasdelamemoria.cedinci.org/index.php/PM/article/download/519/495&hl=en&sa=T&oi=gsb-ggp&ct=res&cd=0&id=9842012573770349702&ei=4K92X--MNfGSy9YPpy78A8&scisig=AAGBfm3rCXpfOH_A_oFOyvTugiShNXgUVQ2>.
- (2017). *Amor y anarquismo. Experiencias pioneras que pensaron y ejercieron la libertad sexual*. Buenos Aires: Siglo Veintiuno Editores.
- * GALLO, E. R. (2004). *Nuestra causa. Revista mensual feminista 1919-1921. Estudio e índice general*, Buenos Aires, Instituto de Investigaciones Históricas Cruz del Sur.
- GAGO, V. (2018). Elvira y la vanguardia prudente del feminismo. *Anfibia*. Recuperado de <<http://revistaanfibia.com/ensayo/elvira-vanguardia-prudente-feminismo>>.
- GARCÍA, S. (2006). Ni solas ni resignadas: la participación femenina en las actividades científico-académicas de la Argentina en los inicios del siglo XX. *Cadernos Pagu*, (27), 133-172.
- LAVRIN, C. (2005). *Mujeres, feminismo y cambio social en Argentina, Chile y Uruguay (1890-1940)*. Santiago de Chile: Centro de investigaciones Diego Barros Arana.
- * LÓPEZ, E. V. (1901). *El movimiento feminista*. Tesis de doctorado en Filosofía y Letras. Recuperado de <<http://repositorio.filo.uba.ar/handle/filodigital/2082>>.
- LORENZO, M. F. (2016). *Que sepa coser, que sepa bordar, que sepa abrir la puerta para ir a la universidad*. Buenos Aires: Eudeba.
- * MONVEL, M. (setiembre de 1923). Los viejos errores sobre la mujer. *Renovación*, 7, p. 2.
- * MOREAU, A. (enero de 1916). La inferioridad de la mujer, *Humanidad Nueva*, 1, pp. 12-24.
- * ——— (10 de mayo de 1919). El movimiento feminista en la República Argentina, *Nuestra Causa*, 1, pp. 2-3.
- NARI, M. (2004). *Políticas de maternidad y maternalismo político*. Buenos Aires: Biblos.
- * Nuestro homenaje (julio de 1916). *Juventud. Revista mensual*, 49, p. 1.
- PAROT VARELA, P. (2020). *La cuestión moral en el socialismo argentino. El caso del Ateneo Popular y la revista Humanidad Nueva (1909-1919)*. Tesis de doctorado, Universidad de Buenos Aires [mimeo].
- * SALTHU, M. I. (marzo-abril 1919). «De nuestro ambiente». *Verbum*, 49, pp. 240-243.
- * ——— (1920). *El problema feminista en la República Argentina*. Recuperado de <<http://repositorio.filo.uba.ar/handle/filodigital/1720>>.
- * SOLARI, J. A. (1976). *Iniciación*, Buenos Aires (edición privada).
- TARCUS, H. (2018). Dí tu palabra y rómpete: el corto verano del Grupo Universitario Insurrexit y su revista. En: A. EUJANIAN (Comp.). *Dimensiones del reformismo universitario* (pp. 95-135). Rosario: HyA-UNR.
- (Dir.) (2007). *Diccionario biográfico de la izquierda argentina. De los anarquistas a la «nueva izquierda» (1870-1976)*. Buenos Aires: Emecé.
- TERÁN, O. (2008). *Historia de las ideas en la Argentina. Diez lecciones iniciales, 1810-1980*. Buenos Aires: Siglo Veintiuno Editores.
- TORCHIA ESTRADA, J. C. (1997). La mujer en la filosofía: un texto inédito de Francisco Romero. *CUYO. Anuario de Filosofía Argentina y Americana*, (14). 171-210. Recuperado de <https://itp.bdigital.uncu.edu.ar/objetos_digitales/1635/torchiacuyoi4.pdf>.
- VASSALLO, J. (Coord.) (2012). *Señoras patriotas ¿o reacción oligárquica? Actas del Primer Congreso Patriótico de Señoras en América del Sud, 1910*. Córdoba: UNC.
- * «Velada». (julio de 1921). *Hoy*, n.º 2, p. 5.
- VIGNOLI, M. (2018). El Consejo Nacional de la Mujer en Argentina y su dimensión internacional, 1900-1910. *Travesía*, 20 (2), 121-147. Recuperado de <<http://www.travesia-unt.org.ar/pdf/volumen2020/06-Vignoli%202020-2.pdf>>.
- (2019). Congresos científicos latinoamericanos y estudios universitarios entre las expectativas de las maestras tucumanas, principios del siglo XX. *Trabajos y Comunicaciones*, (49). Recuperado de <<https://www.trabajosycomunicaciones.fahce.unlp.edu.ar/article/download/TyCe074/10238?inline=1>>.
- ZANDRINO, M. E. (2001). María Abella de Ramírez: maestra, periodista, feminista. *La Aljaba*, 2.ª época, 6, 127-139.
- * ZIMMERMAN, J. (julio de 1916). La educación femenina. *Juventud*, 45, pp. 664-666.